

De tonterías nada: la dimensión ética del concepto antropológico de cultura

Luis DÍAZ VIANA

Centro de Ciencias Humanas y Sociales. CSIC
Luis.diaz@cchs.csic.es

DÍAZ DE RADA, Ángel. 2010. *Cultura, antropología y otras tonterías*. Madrid: Trotta.

Que no nos engañe el título —en apariencia jocoso o hasta frívolo— de esta obra. El autor declara desde el principio su intención o motivos para escribirlo: nada menos que “tomarse en serio la tarea de aclarar los usos y sentidos de la palabra cultura en antropología en un libro que pudiera ser digerible para una audiencia más amplia” (Díaz de Rada, 2010: 13). Recurriendo a un estilo pretendidamente desenfadado, y —en más de una ocasión— a la ironía y al humor, Díaz de Rada acomete con admirable ímpetu tan difícil empresa. Y consigue —en lo fundamental— su objetivo, especialmente en lo que se refiere a la primera parte de tal propósito, es decir, ir desgranando los principales usos y sentidos del término “cultura” en el presente, aunque la segunda parte de sus intenciones no siempre se concrete de la forma más satisfactoria. Así, los cuadros, esquemas y gráficos que se introducen en el texto, a veces llegan más a “estorbar” un plácido recorrido por el mismo que a facilitar su comprensión. Dudo, de hecho, que alguien que no sea antropólogo, estudiante de antropología, o esté muy interesado en los debates antropológicos sobre la palabreja en cuestión siga leyendo este libro más allá de los cuatro o cinco primeros capítulos. Pero también creo que serán pocos los lectores que, perteneciendo a cualquiera de esos grupos, después de haber comenzado a leer el texto, no lo terminen.

Nuestro autor demuestra sobradamente en esta obra madura sus grandes cualidades y conocimientos como antropólogo. Este bagaje no le pone a salvo por completo de ciertas e inevitables limitaciones, que él mismo reconoce: “Soy consciente de que, en su forma final, este texto no recoge determinadas temáticas...; entre otras: la relación entre etología y cultura, la cultura en el proceso de hominización, o el problema de la objetivación en las formas culturales” (Díaz de Rada, 2010: 14). Acepta también el propio autor que, a pesar de sus esfuerzos por dirigirse, hablando de cultura, a una “audiencia más amplia”, quizá no lo haya conseguido: “durante años he trabajado en él [el libro] pensando que estaba escribiendo divulgación, pero... creo que no lo he conseguido del todo” (Díaz de Rada, 2010: 13). Sin embargo, tiene mucha razón Díaz de Rada, cuando dice que “la ilusión de la divulgación me ha ayudado a alcanzar un grado de franqueza expositiva y claridad conceptual que difícilmente hubiera alcanzado de otro modo” (Díaz de Rada, 2010: 13). Es un grado de claridad que, como él mismo sigue diciendo más adelante, constituye un reconocimiento implícito de lo fallido de su intento divulgador o de ese didactismo —que

a ratos parece demasiado forzado— de algunas partes, que podrá ayudar en sus nuevos empeños a quienes se propongan semejante labor a partir de ahora: “Tal vez el precedente sentado en este trabajo sirva para que alguien se anime en el futuro a alcanzar, con más éxito, el objetivo de la divulgación” (Díaz de Rada, 2010: 14).

El autor, empleando una técnica que utilizará repetidamente a lo largo del libro, la de reflexionar “al vuelo” sobre los más variopintos eventos de actualidad, empieza su obra recordando la confusión y galimatías que fue “El Fòrum de las culturas de Barcelona del 2004” y achaca esa confusión al concepto de cultura manejado por los organizadores y los medios, cuando yo creo que también se debió al propio planteamiento del mismo. ¿Qué puede esperarse de una cosa que se llama así y despide desde su arranque ese tufillo sospechoso a “feria ganadera” de la diversidad cultural? Desde la antropología tenemos —o creemos tener, como Díaz de Rada demuestra— más o menos claro en qué consiste la cultura. La mayoría de los antropólogos asumen la importancia del concepto de la misma para nuestro oficio, pero hay —con todo— quienes recelan de él y de lo que piensan exageraciones o abusos en su utilización, mientras otros estamos convencidos de que la cultura es un medio pero no un fin: sabemos de las ambigüedades y riesgos de la palabra y no creemos que la tarea antropológica deba reducirse a la indagación sobre ella. Sería la investigación del conocimiento humano lo que nos propondríamos y esto —por supuesto— no puede hacerse si no es a través del estudio de la cultura/o culturas, que hasta el momento —y que sepamos— es lo que nos hace cabalmente humanos.

En ese sentido, el libro sobrevuela —a veces con demasiada rapidez— sobre lo que podría haber sido uno de sus principales objetos de reflexión: los usos y abusos del término cultura, pero no ya dentro de la antropología, sino desde fuera de ella, por ejemplo si la nombrada “cultura popular” cae bajo la custodia de los que he llamado *Los guardianes de la Tradición* (1999) y pasa a convertirse en antigualla de vitrina. Y no sólo cuando se la saca a pasear como exotismo, tipismo o —en suma— llamativa diferencia ante los focos mediáticos; sino cuando, aparentando que se habla de ella en foros académicos donde debería haberse tenido en cuenta la “versión de los antropólogos” al respecto, en realidad se nos está hablando de otra cosa. Y no se está dando la “versión de los antropólogos” en absoluto. Me estoy refiriendo a obras de cierta repercusión como *La naturaleza humana* (2008) o *La cultura humana* (2009), de Jesús Mosterín, que nos son presentadas como textos que tienen que ver con la antropología y, en el caso del segundo de ellos, explícitamente —en la solapa del mismo— como “tratado moderno de antropología cultural teórica”. Díaz de Rada no los cita ni debate —lo que es sin duda una lástima—, cuando podría haberlo hecho, ya que constituyen aquello que una amplia minoría instruida de nuestro país puede estar creyendo leer sobre antropología. Menos equívoco sería, sin duda, que leyeran un texto muy comentado y rebatido por Rada, como es el de Adam Kuper, sobre el tema: *Cultura. La versión de los antropólogos* (2001), a pesar de que también en él se nos proporcione una versión sesgada del concepto y de los posicionamientos de unos y otros antropólogos —supuestamente enfrentados bajo la etiqueta de *culturalistas* y *materialistas*— en torno a lo que debería ser la antropología. Pero no pequemos de optimistas: con ser el de Kuper un libro de lectura amena

e interesante para un lector informado, tampoco pienso que lo hayan leído muchas personas fuera del ámbito estrictamente antropológico.

Sí se refiere Díaz de Rada —en general— a lo que constituye un campo de estudio muy interesante y en el que habríamos de profundizar más en el futuro: ¿cómo es tratado el término cultura en —y por— los medios de comunicación? Y, de entrada, podría decirse que el tratamiento que se hace del concepto en ellos se parece bastante a la dicotomía que Passeron y Grignon (1992) establecieron acerca de la llamada “cultura popular”: el “populismo” o mitificación de lo popular y el “miserabilismo” o la versión más denigrante y sombría de un supuesto pueblo. Cultura parece que, por un lado, ha llegado a ser mediáticamente todo, y así cita Rada cómo un conocido presentador de telediarios llegó a hablar de la “cultura del comecocos”, mientras que también, por otro lado, persistía la idea —muy afianzada en la tradición occidental de los últimos siglos— de que sólo aquellos aspectos del saber y de la creación que las élites estarían dispuestas a aceptar como valiosos son “verdadera cultura” o “cultura buena”. Convive, pues, desde hace algún tiempo, el uso de un concepto de cultura laxo y desparramado —cultura de esto y de aquello, de un equipo de fútbol a una compañía de refrescos— y el empleo restrictivo, elitista por excluyente, de Cultura —con mayúsculas— como aquello que nada más habitaría en los museos, en las universidades y otros centros de saber y de poder.

Esta multivisión —a menudo contradictoria— está bien recogida y analizada por Díaz de Rada en su libro, donde contrapone con un estilo muy vivo el enfoque cada vez más obsoleto —pero durante mucho tiempo vigente en España— de la Cultura como un apartado que tenía que ver con el ocio, lo inútil y el lujo, a ese diluirse del mismo término en los poderosísimos conductos usados por los medios de comunicación de masas hoy en día. Y, aunque las denominaciones se han ido actualizando, nos recuerda el autor cómo los periódicos tenían y tienen una sección de Cultura, que —en algunas publicaciones— ha pasado a llamarse Culturas, como si también la prensa se hiciera eco de los últimos debates antropológicos a propósito de la conveniencia del uso en singular o plural de la palabra. Pero, en mi opinión, el ejemplo de la aproximación más rancia y estrecha al concepto y al término lo vino ofreciendo en nuestro entorno el diario “El País”: en sus páginas, y hasta no hace tanto, a la sección dedicada a eso que la gente que se autodenomina “cultura” entiende como cultural, es decir, “productos y eventos” de buen tono para el consumo de las élites, se le denominaba *La cultura*; o sea, lo que la cúpula directiva de ese medio decidía qué merecía ser considerado como tal y llevar tan restringido nombre.

Los tiempos han cambiado, y el uso del término por los *mass-media* también, lo que seguramente no sea del todo ajeno a la incidencia —o lenta penetración— del concepto antropológico de cultura en las distintas capas sociales y las más diversas esferas de comunicación. Con todo ello, no es de esperar que ni en los periódicos más progresistas se llegue a abogar directamente por escribir “contra la cultura”, como han llegado a recomendar algunos/as de los/as autores/as desde la antropología más activista. Y escribir “contra la cultura” no es una mera *boutade* ni una extravagante reivindicación de la barbarie, sino una profunda reflexión y autocrítica sobre el uso que se ha hecho del concepto desde la propia antropología y, sobre

todo, acerca de las negativas repercusiones que la utilización del término ha tenido —y tiene— por parte del poder colonial u otros tipos de poderes. En base al concepto de *humanitas*, justificaron los imperios del mundo antiguo sus conquistas sobre aquellos pueblos bárbaros y atrasados a los que habría que “traer” hasta la civilización, humanizándolos, y a favor de la “cultura” muchas naciones europeas hicieron otro tanto dentro y fuera de casa. Parece que, en un sentido parecido al de estas críticas antropológicas, había ya aconsejado Epicuro a sus discípulos que huyeran “a velas desplegadas de la maldita cultura” —entendida por él también en el sentido de educación—. Por ello puede pensarse que las discusiones y problemas suscitados por este concepto no son nuevos. Y, desde luego, no son ninguna tontería.

El autor de esta obra que comento también aclara cómo el título de su libro “intenta recoger esa ironía”, la de que “la cultura no va en broma, y en muchas ocasiones nada hay más serio que la cultura”, designando por ello desde la portada “la apariencia banal de un concepto y de una disciplina que deberíamos de tomar muy en serio” (Díaz de Rada, 2010: 17). Asegura igualmente Díaz de Rada que “como todas las ideas importantes que nos hacen personas la idea de cultura puede llegar a ser monstruosa” (Díaz de Rada, 2010: 17). Y es verdad que se ha llegado a morir y a matar en su nombre; que el hecho de que la palabra cultura viniera a sustituir subrepticamente al concepto y término de raza —a manera de eufemismo vergonzante— no ha ayudado mucho a su “buena prensa” ni ha constituido, a la larga, un buen negocio para la antropología... Y el autor, con lucidez y valentía, no rehúsa hablar en su obra de esas “deformidades” o sombras que —no por casualidad ni sin motivo— empañan el nombre de cultura y, como consecuencia, el de la propia disciplina antropológica. Pero comparto su convicción de que tampoco existe “otro —concepto— mejor para entender la condición humana” (Díaz de Rada, 2010: 18).

Y de ahí que me parezca lamentable rebajar el alcance del concepto y las aspiraciones de la antropología como disciplina científica, intentando convertirla en una especie de “fontanería social de urgencia” o “farmacia de cataplasmas y tiritas prácticas” para los conflictos y catástrofes contemporáneos. Y pretender que lo que nos defina como profesionales o figure en nuestras tarjetas de visita sea nuestra condición de “expertos en diversidad cultural”, no deja de ser algo que me preocupa seriamente: “Expertos en diversidad cultural”= antropólogos. ¿Es ése el futuro de lo antropológico? ¿Es un membrete que suena demasiado a “conflictos inter-étnicos” y a “mediadores inter- raciales” y, en definitiva, a los usos perversos que pudo hacerse en el pasado de términos próximos a cultura o de disciplinas emparentadas con la nuestra? ¿Por qué incomoda aún a antropólogos como Kuper la utilización del concepto de cultura en cuanto a exaltación desde él de la diferencia?; quizá porque han visto —o vivido— el riesgo de hacerlo. Y, en ese sentido, Díaz de Rada parece achacar en algún momento ese encono al hecho de que Kuper “creció en Sudáfrica” (Díaz de Rada, 2010: 17), como indicando así que quien ha experimentado las consecuencias del “*apartheid*” no puede sino guardar cierta prevención ante al vocablo cultura y algunas de las peores derivaciones prácticas de su empleo.

Pero, quizá, ni siquiera resulte necesario haber conocido ejemplos especialmente repugnantes de a dónde puede llevar el carricoche de las diferencias étnicas y/o

culturales para ser conscientes de los peligros de subirse a él con los ojos cerrados. En los últimos tiempos y sin salir de Europa, hemos asistido atónitos al tratamiento contradictorio que ha llegado a hacerse de conceptos que estaban en sí mismos llenos de trampas, como el llamado “multiculturalismo” —mucho menos ecuánime y preciso que el de “interculturalidad”—, de modo que se le ha traído y llevado con la mayor frivolidad hasta arrastrarlo como a un reo por las calles. Se le saludó como la estrategia adecuada para acabar “integrando” a los inmigrantes y —luego— los políticos más reaccionarios han terminado guillotiniéndolo en la plaza pública como si fuera el culpable de los mayores males.

Como se ve en todo lo ya dicho hasta ahora, el despliegue de temas para debate que coloca ante nuestra mirada Díaz de Rada es perfectamente serio, además de bien ordenado. No puede ser completo porque los asuntos que comporta el concepto de cultura son casi inabarcables. Si nos preguntamos, como hace el autor, “¿dónde está la cultura?”, habremos de contestar con él que, en efecto, en medio de “las relaciones que los seres humanos mantienen con otros seres humanos y con los objetos de su mundo vital” (Díaz de Rada, 2010: 94), lo que es como decir que en casi todas partes. O, más bien, ¿dónde no está? Y esta obviedad sigue molestando a algunos, por lo que Díaz de Rada, además de exonerar a la “cultura” —entendida antropológicamente— de las culpas con las que a veces da la impresión que se quiere que cargue, también rompe —desde un principio— tres amarras para mejor viajar a través de ella: la cultura no es un saber espiritual; la cultura no es lo que hacen o saben sólo las élites; la cultura no es un grupo de personas, no es una nación, no es un cuerpo social (Díaz de Rada, 2010: 18-19).

Además de criticar —a fondo y pertinentemente— esas visiones y usos comunes de la cultura en la actualidad como “cosa vaga”, “espiritual”, “seria”, “vieja”, “inútil” o “perversa” (Díaz de Rada, 2010: 103-116), el autor va a poner el énfasis, durante todo el libro, en lo que la cultura tiene de “conjunto de reglas”, explicando esa expresión de forma pormenorizada y sutil. De hecho, como Díaz de Rada reconoce, la cultura es también algo más que reglas; o algo más que diferencias. Es, por ejemplo, el delirio o el juego que nos permiten subvertir lo reglado y cambiarlo: “A veces jugamos con las reglas recomponiéndolas”. Y no es la cultura —de ninguna manera—, según el autor no se cansa de clamar, la causa última de nuestros prejuicios o desmanes: “Lucharé —dice el autor— en consecuencia contra cualquier uso de la noción de cultura que sirva para fundar un racismo cubierto de cultura” (Díaz de Rada, 2010: 24). Por ello recurre Díaz de Rada a la antigua dualidad que nos transmiten los términos de *Anthropos* y *Ethnos*, tan fundamentales para comprender los orígenes de nuestra disciplina y no errar el rumbo que nos marca, asumiendo y explicándonos desde ellos en qué consiste la unidad y diversidad de lo humano. *Anthropos* nos recuerda que la antropología es la ciencia de una misma especie, la de los seres humanos, y *Ethnos* que las capacidades y prácticas de producción de cultura de la misma se manifiestan en formas diversas (Díaz de Rada, 2010: 24). No por conocida, esta distinción deja de ser básica y necesaria.

Pronto y contundentemente, pues, Díaz de Rada señala lo que constituye uno de los objetivos últimos de su libro: reivindicar la dimensión y repercusiones éticas del

concepto de cultura. Aclara así, desde las primeras páginas, el “trasfondo moral de mi empeño” (Díaz de Rada, 2010: 26). Y dice al respecto:

Hablaré de la cultura para hablar de un concepto que nos ayuda a conocer y comprender la vida humana, pero no hay ciencia social moralmente vacía... Cada vez que un medio de comunicación confunde a las élites intelectuales con “el mundo de la cultura”, un periódico separa la sección de “economía” de la de “cultura” o una ministra confunde “cultura” con “escolarización”, se está construyendo, a mi juicio, un mundo social indeseable (Díaz de Rada, 2010: 26).

Y de lo que se trata es de construir un mundo más vivible y siempre mejorable. Otro futuro posible a escala humana.

En este sentido, el libro va más allá de lo que —ya desde la solapa del mismo— se anuncia como uno de sus principales propósitos: “resituarse el concepto de cultura en el lugar central que siempre ha ocupado en el pensamiento antropológico”. Esta obra se plantea más bien por qué la cultura resulta tan central o importante cuando se quiere conocer mejor lo humano o los humanos. Y viene a contestar que no hay otro modo: la cultura es la condición que nos hace tales: la cultura “tiene algo que ver con hacerse, con formarse como ser humano... con lo que el ser humano hace y deja tras de sí” (Díaz de Rada, 2010: 28).

Es por ello por lo que, en efecto, el hombre que ha nacido desnudo se reviste “inevitablemente con la piel invisible de la cultura” (Díaz de Rada, 2010: 47); o por lo que, como nos recuerda el autor citando a Michael Carrithers, “los individuos interrelacionándose y el carácter interactivo de la vida social son ligeramente más importantes, más verdaderos, que esos objetos que denominamos cultura” (Díaz de Rada, 2010: 32). Pero si la cultura constituye un juego con determinadas reglas —en el sentido de pautas—, no hay que olvidar tampoco que, como ha apuntado Clifford Geertz (1973), su juego no es cualquier juego: se trata de un “juego profundo”, una historia —ya consista en cualquier acto cotidiano, un ritual o una narración— que la gente cuenta de sí.; porque la cultura, al fin, sirve para situarse y reconstruirse en el mundo.

Y Díaz de Rada, muy consciente de cuál es el objeto y la meta de la antropología, se ve forzado a defenderla respecto a las críticas —tan a menudo groseras y malintencionadas— que suelen caerle encima a través de otro concepto interpuesto: el del “relativismo cultural”. Ya vengan las invectivas de Savater o del mismo Papa, el truco consiste en reducir tal relativismo a “relativismo moral”. Frente a esa añagaza, hay que oponer un “relativismo ético”, profundamente ético: el de la antropología y su “proyecto humanizador” para el futuro. Ese proyecto transformador y respetuoso al tiempo con las realidades culturales, del que ya habló James Fernández (1999), porque el relativismo cultural de la antropología no conduce, ni consiste en un movimiento, hacia un vacío moral. Por el contrario, como Díaz de Rada sostiene, “es la ‘pertenencia total’, ciega, —lo que— nos deshumaniza”. De este modo, según sigue afirmando:

... la aspiración ética del concepto de cultura que aquí definiendo nos obliga a un planteamiento incluyente... Al basarse en la observación de la vida común de las personas de carne y hueso, el concepto de cultura alumbró el camino hacia ese horizonte, el camino de la complementariedad entre mi derecho a ser yo y mi derecho a ser nosotros; que es también, naturalmente, mi derecho a no ser cualquiera de estas dos cosas (Díaz de Rada, 2010: 122).

Si he entendido bien lo que el autor quiere decir, se trataría de un camino de progreso general de la humanidad en el que tienen cabida las reflexiones y críticas particulares sobre ese mismo progreso. Y es en esta cierta síntesis refinada de Romanticismo e Ilustración donde radica, posiblemente, una de las principales aportaciones de lo antropológico.

Lo demás, es lectura; quienes quieran averiguar casi todo lo más importante que los antropólogos saben y dicen sobre cultura deben leer este libro, pues las muy certeras y personales reflexiones de un explorador fiable —como Ángel Díaz de Rada— les conducirán a ese camino por los atajos adecuados. Y es que, afortunadamente, más que un libro sólo para estudiantes, esta obra constituye un ensayo en profundidad sobre los logros y problemas de la antropología a la luz del concepto de cultura, a pesar de que por su título y algunas estrategias utilizadas pueda parecer otra cosa.

Ha escrito lúcidamente Michael Carrithers en su obra *¿por qué los humanos tenemos culturas?* (1995), que “una imagen persistente y anterior fue la de la cultura como una casa, a la que la gente se mudaba al nacer y abandonaba al morir, pero que en sí misma trasciende y perdura”. Hoy, como el mismo Carrithers señala y Díaz de Rada arguye basándose en sus palabras, es difícil imaginarse a la cultura así, más bien se asemeja a “los restos de un naufragio sobre una isla desierta” (Díaz de Rada, 2010: 153-154).

¿Por qué he recordado para terminar esa potente imagen de la cultura como unos restos o “depósito de cosas y recursos” que hay que reconstruir en búsqueda de un sentido al que poder anclarse?, porque —como este libro iluminador de Díaz de Rada confirma— la cultura es, además de un juego con reglas cambiantes y diversas que jugamos entre todos, el relato de lo humano con todas sus paradojas. Esa narración que nos guía y nos ayudará a llegar a puerto entre los restos del naufragio.

Referencias bibliográficas

CARRITHERS, Michael:

1995 *¿Por qué los humanos tenemos culturas?* Madrid: Alianza.

DÍAZ VIANA, Luis

1999 *Los guardianes de la Tradición. Ensayos sobre la “invención” de la cultura popular.* Madrid-Oyarzún: Sendoa.

FERNÁNDEZ, James

1999 “La antropología y el proyecto humanizador. Meditaciones ‘extramuros’ sobre el ‘momento milenio’, sus compromisos y sus desafíos: un ensayo”, *Agora. Papeles de Filosofía*, 2: 5-14.

GEERTZ, Clifford

1973 *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Editorial Gedisa.

KUPER, Adam:

2001 *Cultura. La versión de los antropólogos*. Barcelona: Paidós.

MOSTERÍN, Jesús.

2008 *La naturaleza humana*. Madrid: Espasa Calpe.

2009 *La cultura humana.*: Madrid: Espasa Calpe.

PASSERON, Jean Claude; GRIGNON, Claude.

1992 *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y literatura*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.